

## Edición N° 59 - primavera 2010

## Editorial

**Vacas gordas y vacas flacas**

*Aconteció después de dos años completos que el faraón tuvo un sueño: he aquí que él estaba de pie y del Nilo subían siete vacas de hermoso aspecto y gordas de carne, y pacían entre los juncos. Pero he aquí que otras siete vacas salían del Nilo, detrás de ellas, de mal aspecto y flacas de carne.*

*Éstas se pusieron junto a las otras vacas a la orilla del Nilo. Entonces las vacas de mal aspecto y flacas de carne devoraron a las siete vacas de hermoso aspecto y gordas. Y el faraón se despertó.*

***Libro del Génesis (41)***

Durante muchos años el sistema capitalista logró consolidar sangrientamente su poder frente a los movimientos de independencia política y económica, no sólo en los países subdesarrollados sino en los mismos países ricos.

El asesinato del Che en Bolivia en 1967 fue quizás la primera señal del desenlace de esa lucha.

La imposición del Terrorismo de Estado en toda Latinoamérica se complementó con la usurpación de los aparatos estatales en Estados Unidos de Norteamérica y Europa, cuyas cabezas visibles fueron los integrantes de la entente reaccionaria Reagan - Thatcher - Juan Pablo II.

La derrota del campo popular no sólo produjo muertes y desapariciones. Destruyó aparatos productivos y ató a los países pobres a deudas ficticias pero hipermillonarias.

Fue el momento del avance del pensamiento y acción del Neoliberalismo. Los triunfadores publicitaron impudicamente las ventajas de un sistema que generaría bienestar general a partir del desborde de las riquezas obtenidas por las empresas multinacionales favorecidas con el uso y explotación de los recursos naturales y los negocios corruptos con los Estados.

Porque no alcanza con vencer al enemigo en la batalla. Luego hay que mantener la ventaja y la ocupación de su territorio. Tampoco alcanza con que el vencedor promocióne las bondades de ser colonizado (es decir vencido), si no se cuenta -en los países dominados- con una clase dirigente entregada y entregadora, según señalaba Arturo Jauretche cuando afirmaba que la culpa «no es sólo del gringo que te compra sino del paisano que se vende».

A pesar de las declamaciones sobre libertad, democracia y ciudadanía, las empresas multinacionales continúan gobernando autocráticamente a miles de millones de seres humanos. Su objetivo sigue siendo -como en el origen del capitalismo- la explotación humana y la apropiación de los recursos naturales para obtener el mayor lucro.

En nuestros días, en el colmo de la desfachatez y sólo por obra de la represión y la falta de sentido solidario en la que se debate la humanidad, los gobiernos de los países «ricos» lograron transferir a los bancos privados la riqueza producida por sus habitantes. Después de la Conquista de América (a

partir del siglo XV) estamos frente al saqueo más grande y la agresión más violenta sobre la humanidad.

Con la excusa de enfrentar una crisis económica producida por el mismo sistema financiero junto a los gobiernos títeres, en vez de cerrar los bancos y dar inicio a una nueva era de economía solidaria y libre, los gobiernos cómplices, que deben ser meros administradores de la riqueza común, incautaron esa riqueza y la transfirieron a los bancos argumentando que de ese modo estaban evitando el quiebre de los países.

En síntesis, el sistema capitalista hace «desaparecer» dinero por millones, informando simplemente que los bancos quiebran. Luego, los gobiernos aportan los fondos públicos, también por millones, con el propósito de sostener a los bancos, haciendo «desaparecer» esta vez el ahorro de los ciudadanos, quienes -con asombro- ven cómo en un acto de prestidigitación, a la vista de todos, el producto de la riqueza de su país es ahora propiedad de los bancos -previamente quebrados- que no explicaron cómo se produjo el quiebre ni a dónde fue el dinero perdido.

Como siempre, las deudas privadas de los poderosos se estatizan, socializando las pérdidas con la población.

Para peor, la transferencia de dinero (miles de millones) al sistema financiero deja en «rojo» a las cuentas gubernamentales, lo que genera la imposición rápida de medidas, tales como nuevos impuestos y cargas fiscales sobre la población, así como la puesta en práctica de lo que se denomina alegremente «ajuste», plan que conlleva la reducción de salarios, el despido de empleados públicos, el aumento en la edad jubilatoria, la reducción de presupuesto en educación, salud y planes sociales, etc.

El sistema capitalista destruye, genera guerra, muerte y destrucción, para aparecer luego como única alternativa para la reconstrucción. Así, continúan repitiendo estas prácticas, como cuando al finalizar la II Gran Guerra en 1945, a los alemanes perdedores se les impuso el trabajo forzado casi esclavo, con la promesa de la reconstrucción del país derrotado. Las ganancias de las empresas instaladas en Europa luego de la guerra (Plan Marshall) fue impresionante.

Pareciera que la aplicación de semejantes planes de ajuste es una constante en aquellos países en los que se entronizó el capitalismo: a un ciclo de bonanza y acumulación, en el que el gobierno puede manejar fondos para desarrollar las políticas de intervención conocidas como «Estado benefactor», le continúa una crisis que se hace recaer en los sectores más vulnerables, en un ciclo en el que sólo se sale luego de terribles «sacrificios», en los que debe contabilizarse la muerte de miles de seres humanos.

Así, podemos decir que en los momentos de bonanza deberíamos entender que si no producimos cambios estructurales, sólo estaremos ahorrando para que luego «el patrón engorde con felicidad».

Quienes gozan de tales momentos de bonanza deberían entender no sólo que el ciclo cambiará, sino también que existe una contracara que sentencia a muerte a millones de niños y adultos, lo que debería promover nuestra mayor solidaridad.

Sería una forma de propugnar un mundo mejor, para nosotros y para las próximas generaciones.

José Luis Parra